

JAUME FIGA VAELLO

FLORES EN EL DESIERTO
Historias de fe y esperanza
en Oriente Medio

EDICIONES RIALP
MADRID

VI. MI PAPÁ ES UN IMÁN

NACIDA EN BRASIL, hija de un imán, criada entre el Corán y el Catecismo, hoy numeraria del Opus Dei, ciudadana del Líbano. ¿Podemos imaginarnos mayor contraste?

Me encontré con Magda en Al Tilal, una casa de retiros del Opus Dei que, haciendo honor a su nombre árabe (“las colinas”), se encuentra en la localidad de Maad, en plena cordillera del Líbano, a unos quinientos metros sobre el nivel del mar. Lugar privilegiado para los amantes de la fotografía —como el que suscribe—, porque permite contemplar algunas de las mejores puestas de sol que jamás haya uno visto sobre el Mediterráneo. Además, la vista panorámica hasta Beirut, a unos cincuenta kilómetros, la ciudad portuaria de Jounieh y, aún más cerca, a veinte minutos, Biblos. ¿Acaso no es increíble vivir la experiencia de la ciudad más antigua del mundo —seis mil quinientos años de historia— que nunca dejó de ser habitada y de tener gobierno propio?

Magda trabajaba ahí, en la residencia adyacente a Al Tilal, que incluye un centro de formación profesional para la mujer, el Institute of Management and Services (IMS).

Y me contó su historia.

Me llamo Magda Omar Hayek; es un apellido muy común aquí. Como “Gutiérrez” o “Fernández” en España, digamos. Pero, si te parece, empiezo hablándote de mi papá.

Él nació en Bar Elias, un pueblo del valle de la Bekaa. Ahí, la mayoría son musulmanes, y toda su familia lo es. Suní. Los suníes y los chiíes se diferencian en que estos últimos se separaron cuando creyeron que el sucesor de Mahoma tenía que ser alguien de su sangre, mientras que los suníes pensaron que tenía que ser el que fue su primer seguidor, Abu-Bakr. “Suní” viene de la palabra *sunna*, que son los “dichos del profeta”, como un recopilatorio de costumbres que tenía Mahoma. Ellos, entonces, siguen el Corán —como los chiíes—, pero también la *sunna*.

Mi papá, como digo, nació allí, y a los 17 años se fue a Brasil en barco. Empezó viviendo en São Paulo y, poco después, en Paraná, donde conoció a mi madre. Ella, aunque es brasileña, tiene descendientes europeos: de Inglaterra, por parte de mi abuelo y, de Polonia, por parte de mi abuela. Vivieron algunos años en Alemania y también acabaron en Brasil.

Mi mamá era católica —siempre lo fue—, aunque no muy practicante. Mi papá, cuando nació yo, tampoco practicaba demasiado el islam: hacía sus oraciones y no sé

si iba muy a menudo a la mezquita. Es más, alguna vez acompañaba a mi madre a misa..., cuando iba... Pero acabaron casándose en la mezquita, porque, de hecho, había matrimonios anteriores: mi papá, antes de llegar a Brasil, por conveniencia —“arreglado” por la familia—, en el que tuvo tres hijos. Y mi madre se había casado por la Iglesia y tuvo un hijo de ese matrimonio. Todos somos “medio hermanos”.

Con este panorama, era lógico que mi madre no quisiera bautizarme, aunque sí dejó que lo hiciera su prima. Ella trabajaba en una parroquia y, ni corta, ni perezosa, cogió unas velas de la iglesia para bautizos y lo hizo en casa, de modo extraordinario. Sin que lo supiera mi padre, por supuesto. Mi mamá siempre me decía: «Es tu madrina la que te bautizó en casa...».

Lógicamente, yo era muy pequeña y no me acuerdo. Pero sé, también, que mi papá tuvo un fuerte revés profesional y que, de la noche a la mañana, como quien dice, se encontró sin trabajo y con una familia a la que alimentar. Estuvo mucho tiempo así y eso le deprimió.

Dentro del islam existe la figura del jeque. El “anciano” —que eso significa “jeque”—, es el sabio, una persona que ha estudiado en una universidad islámica. No es exactamente un teólogo, pero tiene la suficiente preparación académica como para llegar a ser el jeque y asumir una comunidad. Por otro lado, hay gente que se dedica mucho más a la práctica de la religión: los llamamos imanes, aunque a veces también “jeques”, por su sabiduría espiritual; normalmente van ataviados con túnica, barba larga y un pañuelo en la cabeza, llamado *kufiya*.

Entonces, mi papá, deprimido como estaba por la falta de trabajo, conoció a un señor de estos, que un día le espetó: «Rezas muy poco. Tienes que hacerlo cinco veces al día, y leer el Corán, y...».

Se quedó tan impresionado por su vehemencia que decidió cambiar: empezó a dejarse la barba, a cubrirse la cabeza con la *kufiya* y, en un par de años, ya llevaba túnica..., como el típico imán musulmán. Yo tendría 5 o 6 años y recuerdo que, sentada a su lado, rezaba en árabe con él, de memoria, algunas oraciones del Corán... Se enorgullecía de verme y así lo mostraba a amigos y familiares: «Mira, mi hija se sabe estas oraciones del Corán...». Yo me ponía a rezar, sin entender nada de lo que decía. “Papá dice, yo lo hago”, pensaba. Ahora sí que hablo árabe: gracias a que él siempre me iba enseñando algunas cosas de la lengua, después me fue más fácil aprenderlo.

Más tarde —tendría unos 10 años— nos fuimos a vivir a Londrina, donde mi papá consiguió trabajo en la mezquita. Ahí hacían fiestas..., sacrificaban el cordero para hacer memoria del sacrificio de Abraham...; eso sí que lo recuerdo.

Y también iba a la iglesia.

Fui creciendo entre dos ambientes totalmente distintos. “Extraoficialmente” bautizada, pero siendo educada por mi padre en el islam. Además, animada por una prima mía que vivía muy cerca de casa, empecé a recibir catequesis en la parroquia... sin que lo supiera mi padre, por supuesto.

Esa era toda mi formación.

Esa, y la oración al Ángel de la Guarda que rezaba con mi madre, todas las noches, también a escondidas. Mi

padre no sabía que me iba formando en el cristianismo, solo le decía lo que aprendía del Corán. Y tenía un pacto implícito con la comunidad parroquial, las cosas tenían que ser así: «No hay nada que decir a su papá».

Llegó el momento de hacer la primera Comunión. Ya estaba bautizada, pero no “oficialmente”. Por eso, acompañada por mi madre, fui al sacerdote y le dije: «Quiero hacer la primera Comunión, pero tendría que bautizarme». Mi madre tenía un poco de reparo por mi padre —medio en broma, en mi barrio, me conocían como la “hija de Bin Laden”—, y el sacerdote la tranquilizó: «Ella tiene edad para decidir qué religión seguir y, por ley, tiene derecho a ello». Total: que me bauticé oficialmente e hice la primera Comunión. Todo en la misma misa.

Y siempre a espaldas de mi padre. Es verdad que él a veces desconfiaba un poco, pero nunca me preguntó nada al respecto. Y mi madre tampoco contaba nada. Lógicamente, cuando era pequeña, sí que sabía que iba a la iglesia con ella, pero, más allá de eso, silencio absoluto.

CORAZÓN INQUIETO

Así las cosas, llegó un momento —a mis 14 o 15 años— en que, en la mezquita de mi padre, empezaron a hacer grupos con los jóvenes de la comunidad para transmitir más la religión. Mi madre y yo íbamos, porque era el trabajo de papá y queríamos acompañarle. A él le gustaba.

Pero, entre el batiburrillo de conocimientos de ambas religiones y que yo entraba de pleno en la adolescencia, comencé a tener muchas dudas de todo. Muchas. La formación cristiana que recibía no tenía raíces, con lo que de

poco me servía. Y lo que tenía del islam era la figura de mi padre: rezaba poniendo la alfombra en el suelo, me lavaba las manos, como hace todo buen musulmán para purificarse antes de rezar... No obstante, seguía sin entender. Y lo poco que comprendía, lo vivía más como una obligación que como algo personal. Ahora bien, ¿qué necesita un adolescente para hacer justo lo contrario...? Pues eso.

Así que, dudando de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, dejé de ir a misa —solo una vez al año, por Navidad, quizá porque iba un grupo de amigos—, abandoné la confesión, por supuesto, y la catequesis...; y seguía yendo a la mezquita, por mi padre. Pero tampoco me gustaba. Aunque alguna vez cumplí con el ramadán. Cuando alguno me preguntaba: «Pero tú, ¿de qué religión eres?», les decía que musulmana, y rezaba y les explicaba lo que sabía sobre el islam. Lo mínimo imprescindible para no dar la nota.

En el fondo, lo había dejado todo. Desde los 15 años, hasta los 22 o 23.

En ese período terminé el colegio y entré en la universidad. Yo era muy curiosa, como una especie de san Agustín: leía de todo, buscaba señales, intentaba entender. Que si la fuerza del cosmos, la influencia de las personas, la reencarnación... todo lo que caía en mis manos lo devoraba, buscando una señal.

Durante la época universitaria, trabajaba de día —en el último año de escuela empecé de secretaria ejecutiva— y estudiaba de noche. De lunes a viernes. De 7 de la mañana, a 12 de la noche. Fue duro, no lo niego, pero esos años me sirvieron para volver a una de las enseñanzas que me dejó mi papá: no podemos tener

apego a las cosas materiales, nuestra vida no está aquí, sino en el otro mundo. Eso me movía mucho. Y pensaba: «Una persona nace, crece, se desarrolla, se mata a estudiar, a trabajar, se casa, crea una familia... y muere. ¿Y ya? ¿Nada más?». Tenía que haber algo más. «Y, si hay algo —me decía a mí misma—, no tiene sentido que no sea mejor».

En realidad, nunca dejé de creer en Dios. No practicaba, es verdad, pero no podía dejar de creer. Y, por esto, daba muchas vueltas a todas esas preguntas, leyendo, hablando con gente... y haciéndome nuevas preguntas.

Hice un máster en gestión industrial y empecé a pensar en mí misma. Aparentemente la vida me sonreía, pero sentía que me faltaba un camino claro.

Trabajaba entonces en una universidad, propiedad de los protestantes, con gente de distintas religiones. Los viernes por la mañana siempre pasaba por delante de una casa que me llamaba la atención. Bajaba del autobús a la misma hora, caminaba una manzana y llegaba al trabajo. Y, a pocos pasos de la universidad, esa casa: moderna, grande, elegante... y con una placa al lado de la puerta: “Caravelas”. “Qué raro —pensaba—, si fuera una casa normal, no tendría por qué tener una placa”.

Un día vi que entraba en ella un sacerdote, vestido de sotana. Debían de ser las siete y media u ocho de la mañana. Me llamó la atención...: «Una casa moderna que no tiene ninguna señalización de convento o algo así... ¿Qué hace aquí este cura?». La curiosidad era cada vez mayor. Así que empecé a saludarle, cuando me cruzaba con él. «—Buenos días. —Buenos días. —¿Qué tal? —Muy bien». Y seguía mi camino. «Un cura que entra y

sale. Unas chicas que le abren la puerta y que son normales, como yo: no son monjas...».

¡Buf! Entre esto, que mi papá ya no me decía nada porque era más independiente y que yo no paraba de dar vueltas a qué hacer con mi vida, un día, hablando con una amiga del trabajo —católica practicante— exploté:

—Mira, Bárbara, ¿sabes qué? He llegado a la conclusión de que tengo que buscar un camino; el que sea: en la Iglesia católica, en el islam, en el protestantismo, en el budismo... ¡No sé!

Me desahugué. Y ella:

—Mi novio está frecuentando una casa del Opus Dei y yo he empezado a ir. Dan formación cristiana muy buena: como una catequesis para adultos, pero más profunda.

—Genial —le respondí, entre intrigada y emocionada—; pero ¿Opus Dei? ¿Está aquí, en Londrina?

—Sí, sí: aquí, al lado de la universidad, una casa así y asá...

La casa que veía todos los viernes...

Aunque lo único que yo conocía de aquel “Opus” estaba en *El código da Vinci*, no dudé ni un segundo:

—¿Cuándo me llevas?

Fuimos a la semana siguiente. A pesar de mis ganas, iba precavida, un poco pensando que era una sociedad secreta y que me saldrían con cosas raras...; como si yo fuera una especie de Sherlock Holmes...

Nos recibió una numeraria que me cayó muy bien. Nos llevó a una salita y mi amiga inició la conversación diciéndole: «Cuéntale un poco qué es el Opus Dei...», y ella empezó a explicar. «Cuéntale ahora qué son las numerarias y cómo es tal cosa y tal otra...». La otra se

sonrojaba un poco, quizás pensando que estaba hablando demasiado, con una chica que acaba de conocer, ¿no?... Pero mi amiga no la dejaba “escaparse”.

Me lo estuvo contando todo: desde las vocaciones, hasta cómo viven, en qué países... Me sonaba como de otro planeta. Pero me gustó.

Empezamos clases de doctrina, todas las semanas. Como estábamos cerca del trabajo, aprovechábamos algún descanso para ir allá. Cada vez me gustaba más: el ambiente, la formación, que se me aclararan muchas dudas... Yo era mucho de juergas, y ahí me di cuenta de que se podía ser feliz sin necesidad de estar todo el día de “fiesta loca”. Es más, lo hacía todo mucho más interesante.

Lo que iba aprendiendo se lo contaba a mi mamá. «¿Sabes que el Vaticano ha hecho un Catecismo y que, además, tiene un compendio?». Lo memorizaba todo y se lo contaba a ella. Y ella, que siempre tiene una intuición muy aguda, una vez me dijo: «No sé qué hay ahí, pero te ha cambiado la cara». «Me gusta»: fue mi lacónica respuesta.

Al cabo de un año y medio, más o menos, empecé los círculos.

LLEVAR NUESTRA ALEGRÍA

Acabé el máster con 25 años y quería salir de mi zona de confort. Ver mundo. Aprender inglés, francés, ¿árabe? Si lo aprendía bien, podría trabajar como secretaria ejecutiva, y Brasil tiene muchas relaciones comerciales con países árabes: exporta café, arroz, caña de azúcar... Era un nicho profesional interesante. ¿Cuál era el problema?

Mi papá. Ni de broma iba a dejarme ir de Brasil para vivir en casa de alguien, si no fuera de la familia: «Puedes tener la edad que quieras, pero sola, no». Yo conocía el Líbano porque, con quince años, había viajado allí con mis padres. Sabía de la existencia del valle de la Bekaa. Según mi padre, era un gran lugar donde vivir, paradisíaco, súper fértil... A mí me parecía un bonito país, pero minúsculo.

Entonces sucedió lo inesperado.

Un domingo cualquiera, mientras veía un DVD sobre turismo en el Líbano, sentí un impulso irrefrenable. Sin pensarlo demasiado, le solté: «—Papá, quiero ir al Líbano a aprender árabe. —¿Cómo?! —Sí, y volver después». Mi madre pensó que era otra de mis ideas fugaces —«se le pasará en tres semanas», decía—, pero él, al ver que iba en serio, se emocionó. Llamó a familiares, organizó contactos... Lo arregló todo: «Voy a hablar con tus primos para que te busquen un instituto donde puedas aprender el idioma...; tú no te preocupes».

No me preocupé absolutamente de nada.

Bueno, sí. De despedirme del Centro de la Obra. «—Pero ¿cómo que te vas al Líbano? —Sí, sí..., quiero aprender árabe. Estaré solo diez meses». La gran cuestión era qué iba a hacer con la misa —ya diaria—, con mi vida de piedad... Mi padre no sabía nada de mi práctica católica: él no preguntaba, y yo no decía... Pero ¿qué sucedería con mi familia musulmana a mi llegada? Las del Centro me dieron el contacto de una numeraria brasileña que vivía en Beirut y nos empezamos a escribir:

«¡Qué bien que vengas! Podrás venir a nuestra casa de Beirut...».

¿Cómo? Decidí no preocuparme: ya lo iría viendo.

Ese mismo día, el sacerdote con quien tenía la dirección espiritual, predicaba una meditación: «¡Que Magda se nos va al Líbano! —dijo—. Y lo hace con alegría. Tenemos que estar dispuestos a llevar la alegría donde sea». Me emocionaron sus palabras y, aunque para mí era una auténtica locura, me hacía muchísima ilusión.

El 4 de octubre de 2012 —tan solo tres meses después de la conversación con mi padre: véase su eficacia—, ya estaba aterrizando en Beirut.

Venía para vivir, no para pasar unas vacaciones con la familia llevando una vida más o menos independiente, como en Brasil. Hacía poco que en Siria había estallado la guerra civil y la Bekaa estaba sembrada de campos de refugiados. Gracias a Dios, mi familia no es de las más “radicales”, pero aquí yo era la “prima extranjera” y, precisamente por mi condición de forastera que no hablaba el idioma y podía llamar la atención, a diferencia de mis primas, iba siempre acompañada a todas partes: dos primos míos me llevaban al instituto de idiomas, en Zahlé —ciudad muy cristiana, por cierto—, y me recogían al terminar; si tenía que ir a comprar cualquier cosa —algo tan simple como un cepillo de dientes, por ejemplo—, iba con algún pariente; y hasta tenía que mentir cuando iba a misa... Mis tíos no sabían nada de mis convicciones. Para ellos, yo era la prima que no practicaba. Pero nunca insistieron. Al contrario: siempre me trataron muy bien y les tengo muchísimo cariño. Pero echaba enormemente de menos mi independencia.

Por otro lado, al ser yo la única alumna de clase, hice mucha amistad con mi profesora de árabe. Al principio, al verme con mis primos y sabiendo que parte de mi

familia había ido a La Meca, suponía que yo no era cristiana. De hecho, en una fiesta musulmana vino a saludarme y felicitarme —en el Líbano es normal que cristianos y musulmanes nos felicitemos mutuamente por nuestras fiestas— y, cuando le dije que era cristiana, se quedó sorprendidísima. Para ella fue un shock; para mí, una toma de conciencia de lo excepcional que es que alguien de una familia musulmana se convierta a otra religión.

Aquel “encuentro” fue providencial porque, además de tener por fin alguien a quien confiarle mi situación, me ayudó, por ejemplo, a poder ir a rezar a una iglesia. «Si quieres —me dijo—, damos solo una hora de clase en vez de hora y media, y te llevo a la iglesia más cercana; después, volvemos para que tus primos puedan recogerte».

Otro día me habló de una iglesia atendida por jesuitas que había en una finca, cerca de mi casa, donde celebraban misa los fines de semana... Era divertido, porque de lunes a sábado yo me levantaba más tarde que todos, pero los domingos me despertaba muy pronto, siempre con alguna excusa, para poder ir a misa: «Necesito unos libros para clase»; «he quedado para estudiar»; «me voy al súper»... y luego regresaba con una bolsa de pan...

Así fue pasando el tiempo. Ya llevaba cinco de los diez meses previstos. Echaba de menos la formación que recibía en el Centro de la Obra. Mantenía contacto con las de Beirut, pero a distancia, y me resultaba muy duro ver por Facebook todo lo que hacían mientras yo estaba perdida en aquel pueblo de tres mil habitantes...

De Londrina me había traído *Caminho* y, discretamente, cuando no podía ir a la iglesia y nadie me veía, lo sacaba para rezar un rato ante un crucifijo. Muchas

veces decía al Señor: «Déjame tener un poco más de libertad en este país, para seguir con la formación espiritual, seguir ayudando y poder participar en el Centro de la Obra»... No es que estuviera mal, pero era como vivir en otro mundo, muy distinto a todo lo que había conocido.

Un día, hablando con la numeraria brasileña, le comenté que, si conseguía trabajo, podría vivir más tranquila. Entonces, me habló de un instituto de formación profesional para la mujer. «Dame tu currículum y hablo con la directora —me dijo—. A lo mejor puedes hacer unas prácticas ahí, hasta tu regreso».

¡Genial!

Me pasé como una semana rezando para que saliera.

¡Y salió! Justo siete días después... Faltaba convencer a mis tíos...

Aquí, en las familias musulmanas —al igual que en muchas cristianas— la responsabilidad de toda la familia recae en el primer hijo. En mi caso era mi primo, al que yo llamaba “el padrino” sin que él lo supiera... Sus hermanos, cuando salían, tenían que avisarle; y cuando volvían: «Ya hemos llegado». Yo, con más motivo. ¿Cómo iba a decirle que —si ni siquiera podía salir sola— quería cambiar de ciudad... y de región?

¿Cuál podía ser mi ancla de salvación? Papá.

—Me tienes que ayudar a convencer al primo —le dije.

—Tranquila. Habla con él y, si no te deja, lo hago yo.

Hablé con mi primo, con un discurso muy bien preparado: página web, proyectos, horarios, ubicación...

—Sí, es una buena oportunidad para ti. Inténtalo —me dijo.

Me quedé sorprendida de lo fácil que había sido convencerle.

El 4 de marzo de 2013 me vine a trabajar y a vivir al IMS. En realidad, no tenía ni idea de dónde me metía, pero estaba feliz.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

La primera impresión me la llevé al entrar en la capilla: había pasado de ir a la iglesia cuando podía y a escondidas... ¡a tenerla dentro de mi propia casa!

La otra impresión fue el idioma. El Instituto lo habían empezado, entre otras, varias españolas y ahí se hablaba mucho español y también francés... idiomas que desconocía por completo. Dominaba el inglés, eso sí. Y algo de “portuñol”. Con eso, nos apañábamos.

Empecé a trabajar y me di un plazo de dos semanas para ver si me gustaba. “Si no va bien, me vuelvo a Brasil”, me dije.

Y me quedé. ¡Vaya si me quedé! ¡Estaba encantada! Así que, al cabo de quince días, fui a casa de mis tíos a recoger el resto de equipaje —poca cosa— y volví.

Semanas después, la directora del Instituto me habló del congreso internacional UNIV, en Roma, durante la Semana Santa, y me preguntó si quería ir. Claro que quería. Pero ¿cómo convencer a mi padre? Acababa de cambiar de ciudad y ahora le proponía ir a otra... ¡a Europa! Era una locura.

Esta vez, primero hablé con mi madre: «Deja que lo hable con tu padre». Hablé con él tres días después: «Supongo que mamá te habrá contado...». No me dejó ni

terminar: «¡Tienes que irte a Roma! Es tu gran oportunidad de conocer la Ciudad Eterna. ¡Aprovéchala! Y no te preocupes por el billete...».

Fueron unos días increíbles. El miércoles estuvimos en la primera audiencia del papa Francisco, en la Plaza San Pedro, y como éramos unas pocas del Líbano nos dieron buenas entradas. Con una bandera muy grande nos hicimos ver... con todo lo que eso implica y que, en ese momento, no piensas...

Pues efectivamente.

Dos o tres días después de volver de Italia, me llama mi papá: «Te he visto en la tele», me dice... Ups... «Sí, sí... estabas en San Pedro, en el Vaticano..., en una audiencia con el Papa...». ¡Ups! Casi maldije el momento en que decidí ponerme bajo esa bandera tan grande... «Es que tenía que acompañarles...». «Hija mía, estoy orgulloso de ti, de tu amor por tu patria, ahí, en Roma, delante del Papa, sosteniendo la bandera del Líbano...».

Mi papá era una caja de sorpresas.

Ya en el Líbano algo en mi interior me decía que aquel camino que ya buscaba en Brasil, lo que había hablado con mi amiga Bárbara, estaba delante de mí. Lo que más me atraía de la Obra era ver el ambiente del IMS: cómo me cuidaban y cómo personas de tantos países distintos se trataban con tanto cariño. “A lo mejor esto es lo que estoy buscando”.

Dos semanas después del viaje a Roma, en abril de 2013, vino al Líbano el prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría. En alguna tertulia habló de vocación: «Si alguno tiene deseos, o nota la llamada de Dios, no tiene que tener miedo», decía. «Entrégate, y ya». Tenía la

sensación de que estábamos él y yo solos y que ese «entrégate, y ya» iba dirigido a mí. Más tarde, supe que alguien del Instituto le había hablado de mí —«una chica brasileña, de origen libanés y familia musulmana, que está planteándose la vocación a la Obra»—, pero que temía la reacción de mi familia.

Una noche no podía dormir, dándole vueltas, y como me gustan las señales me dije: «Voy a abrir el libro al azar, a ver si encuentro una respuesta». Tomé *Caminho*, cerré los ojos y abrí una página cualquiera:

«Eso —tu ideal, tu vocación— es... una locura. —Y los otros —tus amigos, tus hermanos— unos locos... ¿No has oído este grito alguna vez muy dentro de ti? —Contesta, con decisión, que agradeces a Dios el honor de pertenecer al “manicomio”» (n. 910).

Pues en ese “manicomio” me estaba metiendo yo... «¿Necesitas más señales?», me cuestionaba *abouna* Dominique Helou, el sacerdote con el que me dirigía.

No. No necesitaba más señales. Lo tenía claro... Quien no lo tenía tan claro era la directora. «Reza un poco más», me decía...

Pasó abril..., yo rezaba; pasó mayo..., yo seguía rezando; pasó junio... Ya no podía más. Un día me planté delante de una imagen de la Virgen que hay, aquí, en Al Tlal, y le hice, filialmente, una especie de “ultimátum”: «Voy a decirlo una última vez; si me dicen que no, ya no lo quiero más. Que me dejen en paz».

Entonces, fui a la directora y le dije que quería ser de la Obra. «Déjame que lo piense». ¡Buf! No era un “sí”..., pero tampoco un “no”; y, esta vez, la pelota estaba en su campo. Esperé dos días más, que me

parecieron una eternidad. Hasta que por fin escuché: «Venga, si quieres, adelante».

Y, ya que estábamos muy cerca del 26 de junio, festividad de san Josemaría, ese día escribí la carta pidiendo la admisión.

UN IMÁN VIENE A VERME

El 12 de agosto tenía billete para regresar a Brasil. No obstante, sabía que, si me iba, no podría volver, entre otras cosas porque todavía estaba en proceso de obtener la doble nacionalidad. Gracias a Dios, mi papá acogió muy bien la propuesta: «Querría quedarme un año más porque me está gustando mucho el árabe...». Y él, más que contento: «Te extrañamos, pero nos parece muy bien que te quedes y sigas aprendiendo...». De modo que, aunque mi mamá intuía que había algo más detrás, me quedé para seguir estudiando el idioma.

Así las cosas, en septiembre de ese año de 2013, abrimos un nuevo Centro de la Obra en Jounieh, adonde me trasladé. Fue duro empezar de nuevo. Pero más difícil fue parar el golpe de la sorpresa que me dieron mis papás: «Hija, vamos a visitarte en febrero». Me encantaba que vinieran, por supuesto, pero ¿cómo íbamos a recibir aquí, en un Centro del Opus Dei —institución de la Iglesia católica—, a un imán de una mezquita brasileña que ejercía de musulmán-musulmán, con su túnica, su barba, su *kufiya*...?

Una vez me contó mi madre que estaban los dos en una parada de autobús y unos hippies se acercaron a mi papá, pensando que era uno de los suyos: «¡Ey! ¡Qué pasote tío!...».

Pues bien. Ese era mi papá, el imán, que quería venir a verme. «¿Y qué pasa si se da cuenta?», pensábamos todas en mi casa...

Por suerte, ese primer Centro tenía dos pisos separados: la capilla abajo y, subiendo las escaleras, mi habitación, la cocina, el comedor... Quitamos las fotos del Papa o del Padre y dejamos las imágenes de la Virgen. Allí recibimos a mis padres.

Gracias a Dios, mi papá era alguien con quien te entendías con muchísima facilidad. Yo sabía perfectamente cuándo estaba a gusto. Nos sentamos en la sala de estar y tuvimos una tertulia muy agradable: contó historias del Líbano, habló de su viaje a Brasil, de su trabajo...; se le notaba feliz. Y yo más aún, viéndolo así.

Al despedirse de todas, sin saber que hablaba precisamente con la directora, le dijo: «Me voy muy tranquilo a Brasil, porque veo que mi hija está en buenas manos y hay gente muy buena que la cuida aquí».

Se quedaron varios días recorriendo el país. En una de estas jornadas, nos invitaron a almorzar en el IMS, donde habían preparado una comida muy libanesa. La directora lo recibió como si fuera un embajador: le enseñó todos los proyectos que tenían, la casa, la zona de la cocina y administración... Él no podía estar más a gusto.

Tanto es así que...

Aquí, cuando saludas a un hombre musulmán, ¡nada de contacto! Inclinación y ya está... Pues bien, al despedirse, estábamos todas en la puerta y mi papá se acercó a cada una y... ¡le dio un abrazo y un beso en la frente! Les dijo que iba a rezar muchísimo por cada una y por todos los proyectos del Instituto. «Veo que

aquí está la mano de Dios; contad conmigo para lo que pueda ayudaros», dijo.

Se marchó feliz.

Nunca llegó a saber que yo era de la Obra, ni cristiana. Manifiestamente, por lo menos, no. Un año después, mi papá tuvo un cáncer y falleció. Lo enterraron en el cementerio islámico.

En la visita que hizo aquí, le fuimos enseñando todo. «Mira, papá, esta es la oficina donde trabajo». Ahí sí que había unas estampas de don Álvaro, del Papa... Recuerdo que se quedó mirando aquello, como un minuto, en silencio, sin decir nada. A veces me pregunto si, en ese momento, le cruzó por la cabeza alguna duda. Quizá no hubiera tenido ningún problema pero, tal vez, por el honor de la familia, si asumía que su hija era cristiana habría sentido que tenía que hacer algo...

Sea como fuere, él hizo oídos sordos. De hecho, al principio de su cambio, cuando empezó a ponerse más serio en la práctica religiosa, intentó que mi mamá se convirtiera y eso provocó más de una discusión en casa. «Voy contigo a la mezquita, para acompañarte —le decía ella—, pero mi corazón es cristiano y nunca me convertiré. Ten muy claro esto».

Yo no se lo dije. Él nunca me lo preguntó. Así nos quedamos. Con nuestro “pacto” no escrito.

Mis primos tampoco lo saben. Los visito cuando hay alguna fiesta musulmana —como el comienzo del ramadán—, pero ellos nunca preguntan. Y, a veces, cuando

voy con alguna del Centro, les encanta: «Tus amigas extranjeras», dicen...

Cuando papá falleció, mi madre decidió cambiar de aires y, gracias a Dios, volvió a frecuentar más los sacramentos. La comunidad que dirigía papá se encargó de todo lo que respecta al funeral. No tuvimos que hacer nada. Yo pude llegar dos días después. Falleció el 18 de septiembre de 2015. Ese día era viernes, y aquí era sábado. Para ellos, el viernes es importante y, para nosotros, el sábado, día de la Virgen... «Quedó unido por los dos lados», pensé.